

# Crisis de identidad en la izquierda europea

EDUARDO HARO TECLEN

**L**a izquierda europea está sufriendo, de una manera cada vez más aguda, una crisis de identidad. Cuanto más habla, menos se define. Sus querellas se agudizan —entre partidos, dentro de cada partido, dentro de cada facción de cada partido— y sus finalidades se oscurecen. Ha perdido, poco a poco, todos sus emblemas tradicionales, desde los esclavos de Espartaco hasta los marineros de Cronstadt, desde las tablas de los derechos del hombre surgidos en la Revolución Francesa a la niña República de senos incipientes y bucles brotando alborotados y alegres por debajo del gorro frigio. Un día, Felipe González, secretario general del Partido Socialista Obrero Español, descubre que ya nadie sabe lo que es el marxismo, "cuya teoría y praxis ha sufrido tal cantidad de interpretaciones, que hoy la palabra marxismo exige calificativos o explicaciones complementarias para definirse claramente. Es curiosa esta evolución. Incluso cabe preguntarse a cuál de estas corrientes marxistas se apuntarían Marx y Engels". Otro día, el historiador Jean Ellenstein, miembro del Partido Comunista francés, descubre a su vez que se puede ser comunista sin ser marxista, y que finalmente se puede ser al mismo tiempo "católico, marxista y comunista. Católico en cuanto a la fe y la trascendencia, marxista en cuanto a la concepción de la Historia y a la metodología, comunista en cuanto a su partido político". Quizá sea esta forma de ambigüedad la que critica el economista italiano Siro Lombardini —católico, senador por la Democracia Cristiana— cuando denuncia el problema de la "poligamia ideológica".

Pero ¿dónde han ido a parar las ideologías? No hace mucho eran las derechas las que enun-

ciaban el "crepúsculo de las ideologías", como lo hizo el hoy desvanecido y olvidado por los suyos Gonzalo Fernández de la Mora, violentamente combatido por la izquierda. Hoy es la misma izquierda la que asume ese crepúsculo. "Los franceses están cansados de las ideologías —escribe Jacques Blanc, secretario nacional del Partido Republicano francés—. Impotentes para guiar la acción, sirven con demasiada frecuencia para disimular la pobreza del pensamiento o, peor aún, para enmascarar una gestión de sometimiento. La vida, la verdadera, no se deja encerrar en ningún sistema. En un mundo en mutación perpetua, las ideas no son ciertas más que en la medida en que se adaptan a la evolución de la sociedad y de las necesidades humanas. Es preciso reconstruir la sociedad a partir del hombre de hoy, y no a partir de los prejuicios ideológicos de anteaño".

Hay un eco de este liberal en el comunista Ellenstein, cuando se pregunta si un partido político puede defender una filosofía. "Si lo hace, ¿no se ve arrastrado, independientemente incluso de su propia voluntad, a asumir un papel que sobrepasa singularmente el que corresponde a un partido político en una sociedad democrática y pluralista?". Imagina que sus correligionarios van a responderle que la ideología es científica: será la auténtica, porque es la ciencia. "Es aquí donde todo resbala —dice el pensador—; ¿no confundimos ciencia e ideología? Se encuentra en el pensamiento de Marx un sistema de representación del mundo que se pretende científico, pero la identificación me parece difícil, incluso peligrosa. Seguro de contener la verdad científica, el partido comunista puede sentir la tentación de considerarse como el único en su caso,

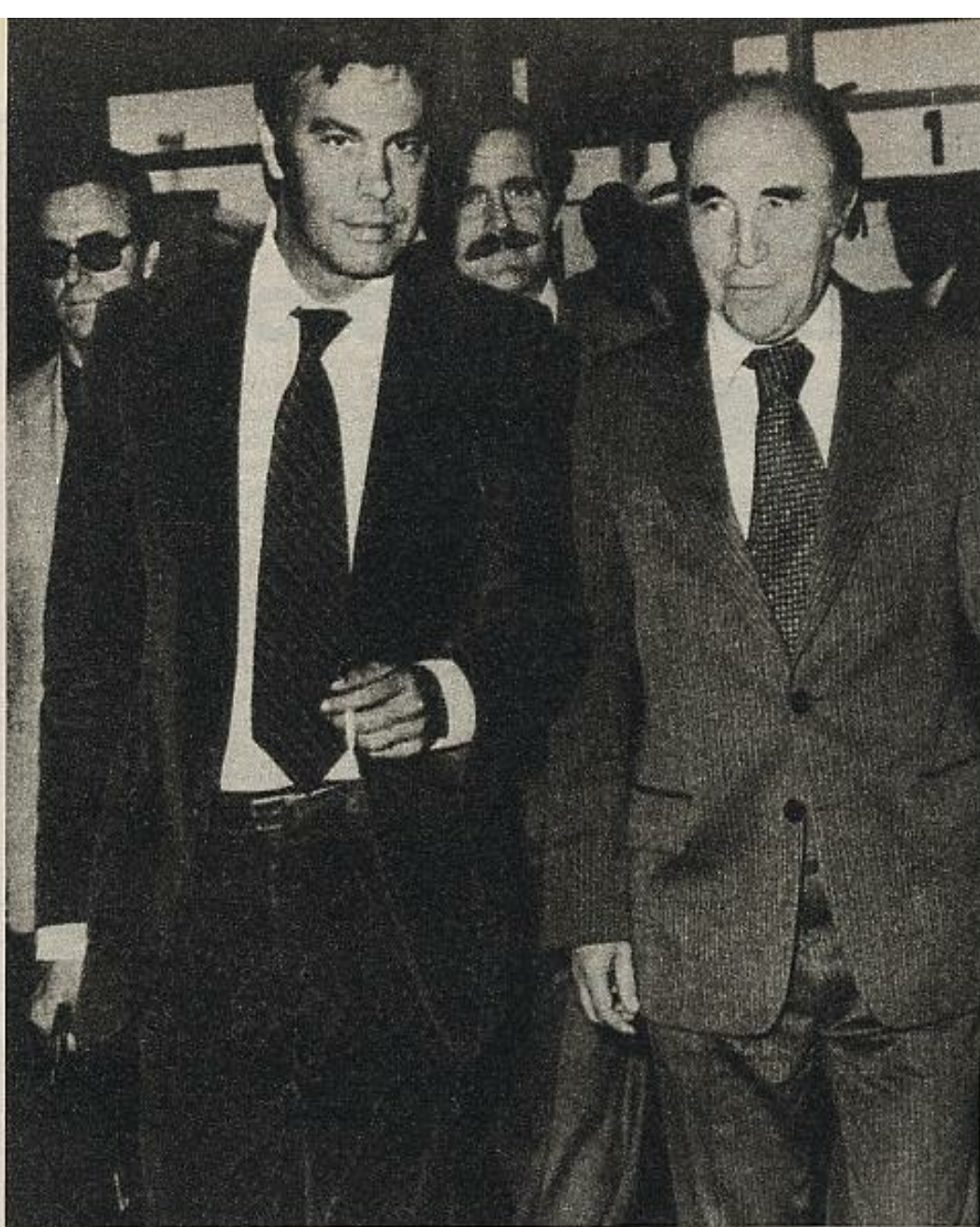
puesto que los otros partidos estarán fuera de la verdad científica. Por asimilación, podemos llegar a considerar la naturaleza del Partido Comunista y oponerla a la de otros partidos: una sería revolucionaria y la otra reformista por naturaleza. De esta forma, el dogma subsistiría y el partido se mantendría en la era teológica, mientras que todo demuestra que le interesa pasar a la era política y que va en ese sentido".

La tendencia a pasar a la era política, al momento de una cierta acción, se está urgiendo en todos los partidos de la izquierda europea. En el seno del socialismo francés la querrela entre la ideología y la práctica la están protagonizando los sectores más importantes, y de una manera especial Mitterrand. Michel Rocard define la crisis de identidad de la izquierda como un problema de desconfianza. "Hay una crisis de confian-

za —dice— con respecto al conjunto de los dirigentes políticos. Es una crisis que no es exclusiva de Francia: a través de manifestaciones diversas (indiferencia política creciente, marginación de la juventud, crecimiento del terrorismo en Europa occidental) está afectado hoy el conjunto de los sistemas políticos democráticos. ¿De dónde viene esta crisis? Precisamente, a mi entender, de una cierta incapacidad de la acción y del discurso político tradicional para asumir los problemas reales de nuestro tiempo". Rocard cree que hay una sociedad viva; unos trabajadores que desean tomar la dirección de sus empresas, un enriquecimiento de la vida cultural y asociativa, una libertad de espíritu y de imaginación en los jóvenes, unas regiones que quieren vivir y no depender únicamente de los funcionarios de París... "La izquierda está en el corazón







Cuanto más habla la izquierda, socialista o comunista, menos se define. Ha perdido poco a poco todos sus emblemas tradicionales. Arriba: Felipe González, en Belgrado, con Alexander Grlickov, del presidium del Comité Central de la Liga Comunista Yugoslava; a la izquierda, el francés, Mitterrand.

de esta sociedad viva. Los hombres y las mujeres que la componen son los primeros en sufrir dificultades frecuentemente intolerables, y son también los que tienen todas las razones para la esperanza y para la lucha. Pero ¿qué lugar ocupan todos estos problemas (en los cuales se juega posiblemente la muerte o, si nosotros lo queremos, la vida de las generaciones actuales y venideras) en los congresos, los panfletos, los carteles, las discusiones televisadas, de todas las fuerzas políticas francesas? La izquierda, felizmente, está próxima a todos estos problemas. Pero ¿cómo no ver que estamos todavía lejos de enfrentarnos con ellos? Para Mitterrand, para Claude Estier, para

los "oficiales" del partido, todas estas afirmaciones no son más que una guerra de sucesión. Rocard quería ser, tal vez, candidato a la presidencia de la República...

Parece como si toda la izquierda europea, en un espectro amplio, y dentro del tono general de las acusaciones mutuas, estuviera defenestrando sus filósofos, su Historia, su imaginaria, hasta su cientifismo, para pasar al servicio de una acción directa. Dado que esta acción directa no es la revolucionaria —puesto que toda la imaginaria que arroja por la ventana es la revolucionaria—, y sin duda por una imposibilidad física de plantear una revolución, los pragmáticos tienden a buscar

una política viva. Sin "arcaísmos", como dice Rocard, renovando una vieja disputa dentro del socialismo francés (en 1933 los "neosocialistas" atacaban a los "arqueo-socialistas"; pedían un socialismo de acción frente a un socialismo de ideología, que les parecía muerto para luchar contra el fascismo; Blum, arqueo-socialista, les acusó de fascistas). El grito contra la filosofía de Ellenstein, la solicitud de acción de Rocard encuentran otros opositores en la izquierda. Como la de Adriano Ossicini: "Ocurre con demasiada frecuencia que se confunde la ideología con la 'weltanschauung', dando un valor finalístico a una realidad supraestructural y contingente y, de

otra parte, se habla demasiado con suficiencia y superficialidad de la urgencia de un rápido y rígido proceso de salida de la ideología, de una desideologización. Proceso que si fuese posible como no es, sería muy peligroso por la mecánica reducción de la política a puro pragmatismo". O, como el antes citado Lombardini: "La ideología es, ciertamente, una tendencia a la totalización, y, sin embargo, es necesaria, sea para hacer al partido consciente de su papel, sea para facilitar y hacer estable la identificación dentro del partido que el mismo papel solicita y presupone (...). La ideología favorece el proceso cibernético que se establece entre la comprensión del proceso social y la acción social".

La cuestión esencial con la que parece enfrentarse la izquierda europea en sus diversas crisis es la de una cierta incapacidad para asumir la acción política necesaria para la transformación de la sociedad, dando por supuesto que el estadio actual de las sociedades es insostenible. El problema se está planteando en forma de crisis aguda en Italia, en Francia, en Portugal; se está planteando en forma de cansancio y abatimiento en el Norte de Europa. En España tiene unas características muy especiales, pero de ninguna forma le son ajenas los diagnósticos que se están haciendo, algunos de los cuales quedan citados en otros países. Parece como si el rechazo de las ideologías surgiera de una especie de despecho forzado por el contraste entre el mesianismo y el triunfalismo de los profetas de la izquierda y la realidad de una acción imposible.

Parecería que la solución para encontrar una ideología como puente entre el ideal y la posibilidad debería surgir de los filósofos. Pero los filósofos están, sin duda, sufriendo la peor crisis de su historia. No encuentran su forma, no encuentran su lenguaje. Menos aún son capaces de definir un sentido del hombre, una finalidad. Apenas los "nouveaux philosophes" franceses han conseguido un brillante éxito literario cuando ya están olvidados. ■